

7.- El ser es lo que vale

El hombre se afana en descubrir a Dios, pero no se afana en descubrirse a sí mismo. ¿Cómo es ese hombre que busca a Dios?. Si no te conoces a ti mismo no podrás conocer a nadie. Tú te moverás como un autómatas. Si provienes de una familia que se deprimía, tú seguirás deprimiéndote. Si tu familia ha sido agresiva, tú tomarás la agresividad como lo más corriente.

En otras culturas, cuando un hombre decide morir, elige al hijo mayor para que sea el que tenga el privilegio de tirar de la cuerda para ahorcarse, y los amigos y parientes celebran ese ahorcamiento con un banquete. Pues esto es una clase de programación como otra cualquiera. No son mejores a las que nosotros tenemos. Si las cosas que consideras «malas» no las haces porque te programaron para no hacerlo, ¿Qué mérito tienes?.

El sentido de culpabilidad y el miedo que te han metido en el cuerpo, son la causa de que evites hacer las cosas que consideras «malas». Actúas como un robot programado. Si no te paras, bien despierto, cada vez que vayas a decidir una cosa, a sopesar la realidad y las consecuencias que puedan sobrevenir de lo que vas a hacer, ¿Cómo vas a ser responsable de lo que decidas?.

De la otra manera, aun cuando no seas culpable de una programación que te han impuesto sin tu consentimiento, si eres ahora culpable de decidir por hábito sin preocuparte de las consecuencias. Tienes la obligación de despertar, y una vez despierto y consciente, ya eres libre para decidir lo que quieras.

Conócete bien a ti mismo y de dónde proceden tus motivaciones antes de juzgar «malo» o «bueno» a nada ni a nadie. ¡Dios nos libre de los que se creen santos! Decía Santa Teresa: «Ese señor, si no fuese tan "santo", sería más fácil convencerle de que anda equivocado».

Los que mataron a Jesús, si nos creemos que eran malos, es que no hemos entendido para nada el Evangelio. Los fariseos eran los «buenos» oficiales, y los publicanos eran considerados bandidos, porque cobraban los impuestos a los pobres y se sometían a los ricos. Se les consideraba — con razón — los exprimidores de los pobres, pues los ricos nunca pagaban. El recaudador eran un hombre protegido por el Gobierno, y por eso se le llamaba «publicano». Pues bien, Jesús trataba con ellos, y de entre estos publicanos, Jesús sacó un amigo, uno de sus apóstoles.

Dicen que **Gandhi** hablaba primero y después practicaba, y que Jesús practicaba antes de hablar, y por eso nadie podía prever lo que iba a hacer. Si hoy viviese con nosotros sería — a lo mejor — hasta capaz de ir a

comer con **Reagan** (¡que ya es!), escandalizándonos a todos los que creemos tenerlo todo claro.

Jesús desmontó y rompió todos los esquemas y cuestionó las palabras sagradas de la Biblia. Cuestionó su interpretación y la manipulación que se hizo de ellas. A Jesús no le interesaba que le reconociesen como Mesías — el Mesías que ellos esperaban —, sino que lo que quería era ser El mismo fiel a la verdad.

En la presencia de Jesús todo ser queda desvelado, no hay medias tintas, porque Jesús es la plena autenticidad. «Si no odias a tu padre y a tu madre...» no eres tú mismo y no podrás seguirle. Odiar a la figura del «padre» y la de «madre», no a la persona, es lo que está diciendo Jesús. Si aún vives de lo que tus padres grabaron en tu mente, y no eres capaz de emanciparte, es como si tus padres y su cultura respondieran por ti. Más vale la consciencia que la adoración, porque la consciencia es, en sí, adoración, despertar a la verdad de Dios.

«Más vale el hombre que el sábado», dijo Jesús, cargándose la programación más perseguida por la religión judía. Y por eso mataron a Jesús, por «blasfemo». ¡Cuántas veces habremos crucificado a Jesús con nuestras «buenas intenciones»!. Krisnamurtí dice: «Todo conocimiento corrompe.

Todo pensamiento y concepto corrompe». Somos esclavos de ellos». «Perdónales, Padre, que no saben lo que hacen». No crucificaban a Jesús, sino sus conceptos. Al decir «hombre», ¿A quién me refiero?. Si nos referimos a la palabra hombre, sin concepto, es un nombre genérico, un hombre libre de toda añadidura, como cuando digo árbol. Estoy nombrando a un hombre sin historia, sin cultura, sin sexo, que se puede aplicar tanto desde al hombre cavernario como al de ahora; al niño y al viejo; a la mujer y al varón; al chino como al africano. Cuando hablamos del hombre general, pues, hemos de desnudarlo de todo concepto. Ningún concepto puede definir a Dios. Santo Tomás dice que hay tres maneras de conocer a Dios: en la Creación, en la actividad (la vida) y en la oración, pero que la manera más real es conocerlo como El Gran Desconocido.

POCO SIRVEN LAS PALABRAS

La realidad siempre es concreta, pero los conceptos sólo pueden acercarse a la realidad si son abstractos. Cada uno de nosotros tenemos unas peculiaridades que nos son esenciales — salen de nuestra identidad esencial— que es algo específico lo que hace que cada uno sea uno, y para lo cual no existe adjetivo que lo defina. No sirven las palabras. Entonces, si al intuir eso específico de una persona me formo una imagen y la registro

en la memoria, en un recuerdo, la he cristalizado en un solo aspecto de su ser, y además aprisionada en un concepto que le queda chico, porque es incapaz de definir lo que captó la intuición.

La persona es siempre evolutiva, en movimiento, mostrando distintas y continuas facetas que son infinitas y no se pueden fijar. Párate a escuchar a una persona — pero con la mente limpia de recuerdos y conceptos prefijados de ella — y verás cómo te sorprende a cada instante con facetas desconocidas, siempre nuevas e imprevisibles.

Ahora piensa que, si al hombre no se le puede clasificar, a Dios que es la Unidad, menos. Los prejuicios son los que fijan a las personas. Prueba a verte a ti con ojos nuevos, luego a las personas más cercanas, luego la naturaleza y, así, estarás más cerca de poder ver a Dios. A Dios sin conceptos, despojado de los ídolos en que lo convertimos.

Lo cierto es que la realidad concreta es el concepto abstracto, porque la realidad siempre fluye, siempre está en movimiento como la persona. Las células de las personas se van renovando en cada instante mientras la persona sigue siendo la misma, se va mostrando de mil formas, por lo que es imposible enmarcarla en una de ellas. Así, somos cambiantes como un río siempre en movimiento. Tener conceptos para la realidad es una injusticia. Es como querer cristalizar a las olas, que no son cosa, sino acción. Igual le pasa a toda la creación, y con más razón a las personas.

Tú no puedes meter un huracán en una caja, y tampoco puedes meter la realidad en una caja. Los límites de la realidad son inmensos y movibles. Lo que ocurre es que el mundo en que estamos acostumbrados a movernos no es la realidad, sino un conjunto de conceptos mentales. Sólo los místicos son capaces de ser tan libres como para vivir la realidad tal como es.

Lo cierto es que tal libertad asusta, nos impone, porque supone romper con todo o, por lo menos, cuestionarlo todo. Ellos le ponen interrogantes a todo. Más vale la duda — acordaos — que la oración. Lo que ocurre es que no tenemos la verdad, sino la fórmula. Hay que pasar por encima de la fórmula para llegar a la verdad.

EJERCICIO

Acordémonos del camello que creía estar atado. ¿Qué son las cosas que me causan miedo?. Ordinariamente, resulta más fácil romper las paredes de cemento que las de tu mente. Es que el hombre no quiere salir de la cárcel porque prefiere lo conocido al cambio. Le es más cómodo hacer lo

acostumbrado. Tu miedo brota de la manera que tienes tú de ver las cosas y de las consignas de tu mente.

Analiza sinceramente, sosegadamente, cuáles son tus cárceles imaginarias y el porqué de tus miedos. Cuestionalo todo y saca la realidad que hay detrás de los cuestionamientos. El día en que sientas el vacío de quedarte sin nada a qué agarrarte, ¡buena señal!. Entonces ya puedes tú mismo comenzar a construir con realidad.

Las fronteras sólo estaban en tu mente, como las fronteras que querían que viese desde el avión. Eso es querer fragmentar la realidad, y la realidad es global, es unidad. En cuanto me creo indio, inglés, catalán, vasco o castellano, soy un producto de mi cultura, y como tal pienso y actúo como una máquina, como un robot. Hay que ver y obrar por tu propia visión y tu libre albedrío. ¿Es que el fin justifica los medios?. La realidad no conoce fronteras y la naturaleza tampoco. Tu esencia, tu ser, no es español, ni catalán, ni francés. Entre tú y el otro tampoco hay fronteras, porque ambos pertenecéis a la unidad. Lo que ocurre es que, de no tener palabras, no habría cosas, por eso, la realidad se capta mejor en el silencio. Se capta fluida, en movimiento.

Estúdiate a ti mismo y estudia las reacciones que se disparan en ti ante las cosas.

Ver las cosas y las personas sin nombre, sin conceptos, tal como son en cada instante.

El día que veas a un niño embobado, atento y admirado de ver volar un pájaro, si tú vas y le enseñas la palabra pájaro para definirlo, el niño se quedará con la palabra pero dejará de ver al pájaro. Krisnamurti dice: «¿Veis cómo los niños ven a los pájaros admirados?. Si les dices un nombre creerán que todos los pájaros son iguales, puesto que tienen el mismo nombre». Son los nombres los que fijan las cosas. Si no sabemos el nombre de una cosa nos sentimos desasosegados, como si necesitásemos clasificarla.

Hay que entender que los nombres se les pone a las cosas porque es necesario en la práctica, pero que es muy peligroso quedarnos en el nombre, como en el concepto, porque es así como funciona la «ciencia del bien y del mal», que clasifica sin profundizar. Hay que vomitar la «ciencia del bien y del mal» — como los místicos — para volver a entrar en el Paraíso.

EJERCICIO

Mirar todo lo que alcance vuestra vista sin poner ningún nombre. Pasar más allá del concepto y ver la realidad que hay detrás de cada cosa, sin

fragmentación, englobado, tratando de descubrir la unidad. No podrás explicarlo con palabras. No existen las etiquetas para la realidad. Por eso, al místico, no le dan ganas de hablar, ¿Cómo explicaría el mundo que él descubre viviendo metido en la realidad que le descubre la sabiduría?. Sólo te cuenta parábolas, para ver si sacas su esencia.

Eso mismo hacen los poetas. **León Felipe** dice: «La distancia entre un hombre y la realidad es un cuento». El poeta, por medio de un cuento, te hace captar una realidad sin etiquetas. No se puede narrar lo inefable sin disparates que parecen sin sentido, que van más allá de los conceptos, como ocurre en los Evangelios.

Lo que nos narran los Evangelios es un misterio, pero luego, la Iglesia, ha querido encerrar ese misterio en una cárcel de conceptos y normas. Si no eres capaz de expresar la esencia del árbol con el nombre «árbol», ¿Cómo vas a tratar de expresar a Dios?. «El que sabe no dice. El que habla no sabe». Eso dicen en Oriente.

El mismo idioma constituye una forma de programar a las personas. En realidad, nadie tiene la capacidad de ofenderte. Es la forma en que yo interpreto el lenguaje lo que me ofende. Ocurre cuando yo relaciono esa palabra que has dicho con una imagen determinada o un concepto. Es la etiqueta que lleva colgada la palabra.

Sólo algo de la realidad queda desvelada por la palabra que empleamos continuamente, y con esa fracción nos movemos, sin indagar dónde queda lo demás. Hasta los científicos reconocen no conocer más que una parte pequeñísima de la realidad. Algo nos da a conocer el concepto y la palabra, pero el movimiento, la inmensidad, el no poder expresarla ni encajarla, ni definirla, eso, lo tenemos que extorsionar cuando queremos expresarlo con palabras.

El ciego, cuando le describen con palabras lo que es el color amarillo, no tiene ni la menor conciencia de cómo es ese color. Para comprender la realidad, el místico hace como el pájaro, no agarrarse a nada. La realidad no se deja encerrar en fórmulas.

Todas las religiones creen, o quieren, tener la verdad, poseer toda la verdad. La Realidad, la Verdad, por ser una no es de nadie en exclusiva, porque es de todos, pero menos lo es de los que quieren cristalizarla, porque eso que se deja atrapar, ya no es verdad.

«Cuando el sabio señala la luna, el necio se queda mirando el dedo». Eso es lo que ocurre con las religiones cuando quieren atrapar la verdad. E igual ocurre con los idealistas en política, y en cualquier campo en que se trata de poseer la verdad.

El terrorista es un hombre programado para morir por su tierra, por su política, por su religión o por algo que cree su verdad. Y lo hace creyendo liberar al mundo y encontrar en ello la felicidad. Y lo único que ocurre es que son unos «indoctrinados» — no conocen la sabiduría —. Es posible que alguno no lo sea, pero la mayoría son producto de un fanatismo proporcionado por su programación cultural o religiosa. Y lo peor es que no tienen la menor conciencia del daño que, con su fanatismo, pueden hacer.

Los indoctrinados dieron pie a cosas tan crueles como el quemar en la hoguera a los considerados herejes, o brujas, en nombre de la religión fanática. La verdadera religión tendría que liberarnos, quitarnos miedo y no esclavizarnos.

¿No predicamos que la Eucaristía es banquete de amor?. La religión ha querido sacar — traspasar — relatos del Evangelio al pie de la letra. Si hubiésemos nacido en Oriente, os daríais cuenta en seguida de que las parábolas del Evangelio, y muchos hechos narrados, son solo un cuento para que tú extraigas de ello la realidad. Allí se habla de ti. Cuando habla de si eres cabrito u oveja no se refiere a los demás, sino a ti. Y cuando habla del terreno árido, pedregoso o con espinas, no se refiere a diferentes personas, sino que tú analices cuánto tienes de árido, de pedregoso, de espinoso y también de buena tierra que da el ciento por uno.

La Buena Nueva no está hablando de un mundo separado, sino de ti, y te anuncia que todo lo malo se destruirá y lo bueno aflorará. Pero si, en vez de esto, predicamos miedo y reglas terroríficas, ¿qué Buena Nueva es ésa? Jesús trataba de liberar a la gente de la opresión. La mayoría de las personas religiosas son idólatras. Todas las cosas que se dicen de Dios, si las tomáramos al pie de la letra, ¿A dónde nos conducirían?. ¿Qué tipo de Dios predicamos?. Hay que tener cuidado, pues si no cuestionamos todo, fácilmente caeremos en esa idolatría.

Dios es tan inefable que no se puede explicar. Dios es lo Incomprensible. El Misterio Absoluto. Al olvidarnos nosotros de esto, formamos un ídolo de conceptos. Dios se manifiesta en la vida, y la vida, si la metemos en conceptos, tan misteriosa nos resulta como Dios. Sólo podemos conocer la vida viviendo, y a Dios sólo llegamos viviendo y conociéndonos.

San Juan de la Cruz se pregunta: ¿Qué hacemos nosotros al hablar de Dios?. El intuye la imposibilidad de encerrar a Dios en palabras y sólo lo expresa con poesía. Sólo con analogías que en nada se parecen. Santo Tomás de Aquino dice: «Todo el intelecto humano es incapaz de describir la esencia de una hormiga. ¡Cuánto más la esencia de Dios!». Pero quizá mirando la esencia de esa hormiga podamos acercarnos a la esencia de su

Creador. Las ideas son las que nos confunden y pueden ser un gran obstáculo para conocerlo.

Las mismas preguntas que se hacen de Dios, son absurdas. **Dionisio** — el místico — dice: «El no es luz ni tinieblas; no es persona, ni bueno, ni malo, ni esta cosa ni la otra; pues a El no se le puede encerrar en una palabra».

A **Krisnamurti** lo quisieron entronizar como jefe de la orden que lo había educado, pero él, en el discurso que dijo el día que lo querían entronizar, desbarató todo al decir: «No me podéis seguir a mí, ni a nadie. El día que sigáis a una persona, dejará de existir la verdad». Si seguimos a alguien nos quedamos con la fórmula; hay que ser iluminado, no seguir a los iluminados. Hay que mirar la luna, y no quedarse mirando el dedo.

Quizá una prostituta pueda entrar en el cielo antes que una monja, porque la prostituta, a fuerza de vivir y conocer la vida, puede llegar a amar, pero la monja, puede, por buscar amar a Dios, dejar de amar a todo el mundo.

«Cuando el ojo no está bloqueado, el resultado es la vista. Cuando el oído no está bloqueado, el resultado es poder escuchar, y cuando la mente no está bloqueada, el resultado es la verdad». Cuando el corazón no está bloqueado ya existe el amor, y cuando no hay apego en la persona, ya existe la felicidad. Bien mirado, el ateo no existe, pues si no podemos concebir ni expresar a Dios, tampoco podemos negarlo. No se niega lo que no se conoce. Los ateos lo que niegan son los conceptos.

La vida no tiene sentido para unos, pues la ley de la vida, como la de la selva, desborda toda forma y concepto, pero para los místicos, el fondo de la vida — la realidad — es un campo maravilloso, inagotable de luz, de amor, de paz y felicidad. ¿Cómo explicar esto?.

EJERCICIO

¿Qué es lo que uno desea de verdad?. Siempre estamos deseando cosas, pero como la sabiduría es descubrir lo que uno no necesita, ¿Qué es lo que, en realidad, no necesito de lo mucho que tengo a diario?. Buscar, como si estuvieses en un gran supermercado, las cosas que no necesitas e ir las apartando y anotando.

Tú no podrás llegar a la paz, si no descubres antes los obstáculos que te impiden llegar a ella. Tú llevas la paz dentro. ¡Descúbrela!.

Haz también ejercicios de sensibilización, escuchando los ruidos que te rodean y el silencio que hay detrás de ellos para sensibilizarte con lo que está pasando dentro de ti y descubrir tu alrededor con ojos nuevos.

El maestro no es el que guía, sino el que ayuda a que te descubras tú mismo y descubras, desde ti, la realidad. El no puede definirla ni explicarla, sino ayudarte a sensibilizarte para que puedas percibirla por ti mismo.

Anthony de Mello